

no sabiendo la parte que podrá caer á cada una, desean aplazar el reparto.» Añadió que el Líbano había sido gobernado cuarenta años pacíficamente por el emir Beschir, viéndolo en este tiempo en paz y buena armonía maronitas y drusos; que Inglaterra había empezado en 1840, por medio de su agente Wood, á agitar las poblaciones del Líbano, teniendo buen cuidado de negarlo tenazmente; que había inducido con promesas solemnes al emir Beschir á rebelarse contra Mehemet-Alí; que después del sitio de Beirut se había desterrado del país á Beschir, se le había tenido preso en Malta y posteriormente se le había enviado á Constantinopla. Finalmente, al cabo de dos años de no saber qué hacer, se había adoptado el gran remedio inventado por el príncipe de Metternich de nombrar un emir para los maronitas y otro para los drusos. Esta salida, que llevaba en sí el germen de



Eugenio Boré

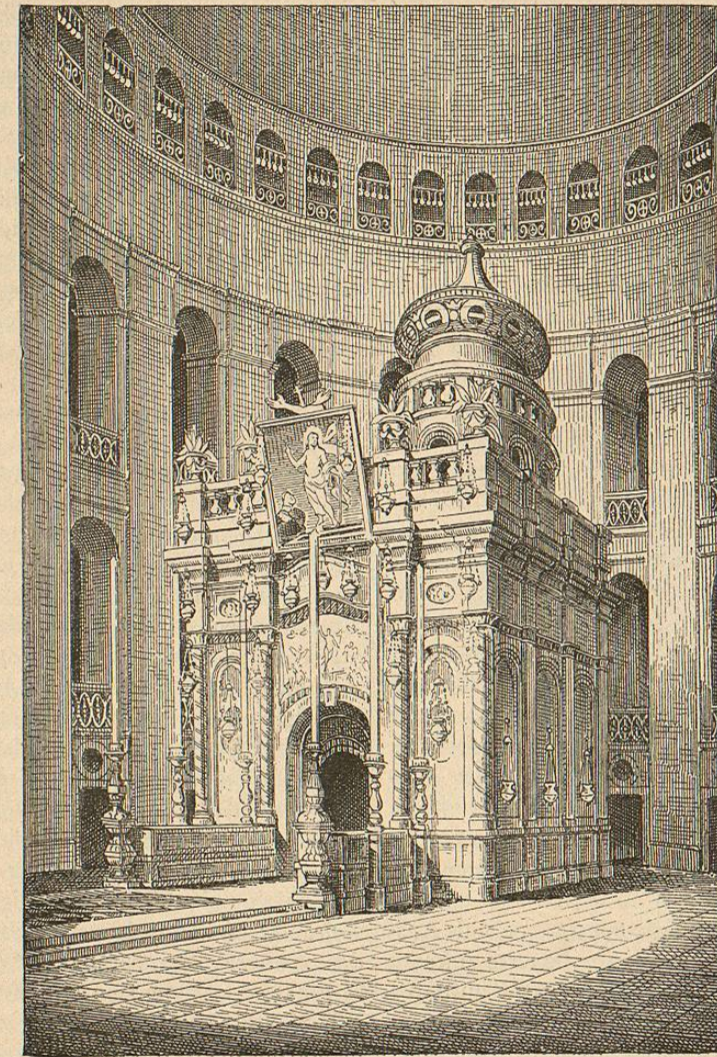
disturbios inevitables, había sido adoptada por el gobierno y desaprobada desde el primer momento por la cámara, que en su lugar había recomendado el restablecimiento de un gobernador único y cristiano, á saber: del emir Beschir, que gozaba de la confianza de ambos pueblos. El gobierno francés, al volver á entrar en el concierto europeo, en lugar de ganar había perdido, porque había sacrificado capitulaciones cuyo origen se remontaba hasta San Luis. Dijo el mismo orador que los drusos habían encontrado un defensor celoso en la persona del cónsul general inglés Rose (á quien pronto volveremos á encontrar en Constantinopla), á cuya intervención se debió que el sultán pagara por los drusos la indemnización de los daños causados por ellos. Cuando Medavar, el intérprete del consulado francés de Beirut, marchó á la aldea de Dyumi para evitar nuevas matanzas, fué apaleado y preso por los turcos; al saberlo el cónsul Ponjade, que, como dijo el orador con ironía, «no tenía por fortuna instrucciones,» pidió inmediatamente satisfacción, y cuando le fué denegada mandó acercar la fragata *Belle-Poule*, la misma que había llevado los restos mortales de Napoleón desde Santa Elena á París, y que se hallaba en el puerto, é hizo dar principio al desembarque. Entonces fué devuelto el intérprete al consulado. En seguida el diputado Malleville, citando documentos, probó que el presidente del ministerio había tratado repetidas veces de engañar á la cámara y al país, y que el príncipe de Metternich se había opuesto en un despacho del 27 de febrero de 1846 al restablecimiento del gobierno cristiano en los pueblos del Líbano, porque no quería fomentar los intereses de Francia, y concluyó su dis-

curso en estos términos: «En este asunto nada espero del príncipe de Metternich, nada del Austria, y con sentimiento lo digo, nada del gobierno francés. Aguado sí que después de cinco años de espera resonará en Europa un grito de espanto, tanto en la Inglaterra protestante como en la Francia católica, pues que se trata de la cuna comun de nuestra fe.» El ministerio Guizot, acorralado no solamente por la parte clerical sino también por la liberal con motivo de la cuestión de la protección, buscaba la manera de salir de tanto compromiso cuando el avance incesante de los cismáticos en los Santos Lugares creó nuevas dificultades. La ocasión siguiente ofreció un motivo plausible á la acción de la Francia: encuéntrase debajo de la iglesia grande de Belén la gruta llamada del Nacimiento de Cristo, transformada en capilla con dos santuarios, el del nacimiento y el del pesebre. En otro tiempo perteneció á los católicos toda la gruta, pero después se apoderaron los monjes cismáticos del lugar del Nacimiento, no obstante encontrarse allí desde tiempo antiguo una estrella de plata, recordando la adoración de los reyes magos, con la inscripción latina: *Hic de Virgine Maria Jesus Christus natus est*. Esta estrella desapareció el 1.º de noviembre de 1847, durante la celebración del servicio divino de los cismáticos, á los cuales acusaron los católicos del robo sacrilego, motivando su acusación con el hecho conocido de que los cismáticos detestan las inscripciones latinas, por ser en cierta manera pruebas de la antigüedad del derecho de los católicos y porque las inscripciones de la cúpula grande del Santo Sepulcro habían dado ya en tiempos anteriores motivo á violentas contiendas. Los católicos acudieron en queja al gobierno de Luis Felipe, que no solo tomó en sus manos este caso sino todo el asunto de los Santos Lugares.

En Roma hacía algún tiempo que la curia se ocupaba en restablecer el patriarcado de Jerusalén, suprimido seis siglos antes; y cuando Pio IX hubo concertado y firmado con el gobierno turco en 1847 un concordato, propuso para la silla patriarcal restablecida al prelado Valerga, natural de Loano, cerca de Génova, persona de gran talento y que había prestado grandes servicios en muchas misiones. El Papa mismo le consagró, y el nuevo patriarca en 14 de enero de 1848 hizo su solemne entrada en Jerusalén, donde continuó prestando inapreciables servicios hasta su muerte, ocurrida en 1.º de diciembre de 1872. Pio IX alimentaba proyectos mucho más vastos que los relativos á los Santos Lugares: quería acabar con el cisma entre las Iglesias de Oriente y de Occidente. Cuando restableció el patriarcado de Jerusalén encargó al cardenal Ferrieri de una misión cerca del sultán Abdul-Medyid, y al propio tiempo el gobierno francés envió á Palestina, á fin de estudiar la situación sobre el terreno y redactar un informe concienzudo sobre ella, al erudito orientalista francés Eugenio Boré, que había viajado por Oriente y atacado el cisma de palabra y por escrito. Estos dos hombres, Ferrieri y Boré, se encontraron en Constantinopla. Reschid, el ministro turco, se inclinaba á favor de la unión de las dos Iglesias, porque de realizarse habría sido un dique contra las pretensiones de protección, tanto de Rusia como de Francia; pero todos los esfuerzos se estrellaron contra la resistencia del patriarca ecuménico y de sus partidarios, y costó mucho trabajo al ministro turco conseguir que el patriarca devolviera siquiera la visita que le había hecho el cardenal. Los armenios se mostraron al principio dispuestos á entrar en negociaciones, pero las conferencias que se celebraron con este fin en San Estéban se estrellaron también contra intrigas misteriosas, originadas probablemente por la Rusia. El cardenal tuvo que regresar á Roma sin haber conseguido nada, y el gran ensueño de Pio IX se desvaneció. Boré pasó seis meses entre los frailes

franciscanos de Jerusalén; de allí fué llamado á Constantinopla por la embajada francesa para presentar su informe, pero entonces estalló la revolución de febrero de 1848. Esta revolución no tuvo influencia perjudicial en la cuestión de los Santos Lugares, que interesaba á todos los partidos; y los católicos orientales en lugar de dirigirse al gobierno francés se dirigieron á la asamblea nacional. La lucha verdadera no estalló, sin embargo, hasta el año 1850. Boré publicó un folleto con el título: *Question des Lieux Saints* (1), en el cual uti-

lizó todos los datos y documentos que le habían sido comunicados en aquellos santos lugares. Este escrito metió grandísimo ruido, no solamente en Francia sino en todo el mundo católico, y fué considerado como el manifiesto del nuevo patriarcado católico en Jerusalén, dando á su autor honra y después el puesto más elevado en la orden de los lazaristas, á la cual pertenecía, á pesar de ser tachado aquel folleto de poco exacto por el abate Michon y por autores católicos. No tardaron en publicarse en Constantinopla escritos impugna-



El Santo Sepulcro, bajo la cúpula de la iglesia del Sepulcro, de Jerusalén

dores, siendo el autor de uno de ellos un antiguo patriarca de Constantinopla (2) y el de otro un médico de cámara del sultán (3). Estas manifestaciones arrojaron una vivísima luz sobre la situación y encontraron las pasiones de los partidos. En uno de los escritos se decía que los cismáticos acusaban á los católicos de haber robado los huesos de la Virgen María y de haberlos vendido al Papa por una gran suma de dinero. Los católicos sacaron á relucir contra los cismáticos un católico renegado, que al fin había vuelto al seno de la iglesia católica y que arrepentido confesó en presencia de los embajadores de Venecia, Austria y Francia que él era el autor de documentos falsos, entre otros de uno destinado á probar á la Puerta que Mahoma había visitado á Belén, don-

de encontró ya griegos, y que encendió una lámpara en honor de Cristo en el sitio donde el Salvador nació.

En 10 de mayo de 1850 sir Stratford Canning, embajador de Inglaterra en Constantinopla, avisó ya á su gobierno que amenazaba una contienda sobre los Santos Lugares que podría originar complicaciones graves, porque el embajador francés en virtud del arreglo de 1740 se creía facultado para presentar instancias á la Sublime Puerta; y que al parecer se había inducido al Papa á emplear su influencia á favor de la política adoptada por la Francia y á encargar á todas las potencias católicas que cooperasen al mismo fin. Este viejo diplomático, conocedor del Oriente, estaba en verdad muy bien informado, pues diez y ocho días después del aviso á su gobierno, en 28 de mayo, el embajador francés, el general Aupik, entregó al ministro de Negocios extranjeros, Alí, una nota confirmando oficialmente un despacho que le había leído, en el cual el gobierno francés solicitaba que fuesen reintegrados los frailes católicos en la posesión de los

(1) Paris, en casa de J. Lecoffre y compañía, 1850.

(2) *Réponse à la brochure de monsieur Eugène Boré*, Constantinopla, impresa en casa de Antonio Coromila.

(3) *Réponse à la brochure de monsieur Eugène Boré*, Constantinopla, impresa en casa de Juan Lazárides.

lugares que les concedía el artículo 33 de la capitulación de 1740. En su virtud, la Francia pedía para estos frailes la iglesia mayor de Belen y la gruta del Nacimiento de Cristo que está debajo, con el derecho de volver á colocar allí la estrella antigua, de cambiar los tapices de la gruta y en fin de obrar allí como poseedores únicos. Pedia además el sepulcro de la Virgen, la piedra sobre la cual fué ungido el cuerpo de Cristo, las siete bóvedas de la Virgen en la iglesia del Santo Sepulcro, y el derecho de recomponer la cúpula de esta iglesia y de restaurarla en el estado en que se hallaba antes del incendio de 1808.

Después de un examen minucioso de todos los documentos relativos al asunto en el ministerio de Negocios extranjeros de París, el general Aupik entregó al gobierno turco en el mes de agosto una lista de los santuarios que en el año 1740 poseían los católicos, lista que comprendía muchísimo más de lo que había pedido en el despacho mencionado, y en primer lugar el Santo Sepulcro con las dos cúpulas, la grande y la pequeña, como posesión exclusiva de los católicos (1). Al propio tiempo el general Lahitte, ministro de Negocios extranjeros de Francia, en una circular excitó á todas las potencias católicas á hacer en este asunto causa común con Francia, cuya instancia cerca del gobierno turco fué apoyada por los gobiernos de Portugal, Cerdeña y Nápoles, á los cuales se agregó más adelante el de Austria. El encargado de Negocios, Kletzl, entregó por orden del gobierno austriaco en 3 de febrero de 1851 al ministro Ali una nota en la cual, apoyándose en el artículo 13 del convenio de Carlowitz y de Passarowitz, en el artículo 9 del convenio de Belgrado y en el artículo 12 del de Sistova, que contienen estipulaciones á favor de los frailes en la Tierra Santa, propuso que se nombrara una comisión mixta encargada de restablecer el estado de posesión de los católicos como estaba en 1740, en cuyo año fueron confirmados solemnemente en la posesión de los santuarios que á la sazón ocupaban (2).

Esta nota austriaca, sepultada entre innumerables otras actas, ha llamado poco la atención, mas no deja por esto de ser interesante en muchos conceptos, en primer lugar porque prueba, junto con las representaciones de las otras potencias católicas, que el gobierno francés no estaba solo en este asunto, y en segundo lugar porque demuestra que el de Austria se creía bastante católico y fuerte para ponerse enfrente de Rusia. Por lo demás, este paso del gobierno austriaco podía hacer creer á Francia que Austria se mostraría en el curso de las negociaciones algo más enérgica de lo que solía ser habitualmente.

Evidentemente no tenía entonces Inglaterra la menor intención de emprender una acción contra la Rusia, pues que lord Palmerston encargó el 7 de mayo al embajador Stratford-Canning que se mantuviera alejado de la contienda sobre los Santos Lugares.

En 12 de agosto el embajador francés solicitó del gobierno turco una decisión que la Puerta trataba de aplazar; mas al fin, en 22 de diciembre, contestó que había cumplido y acatado siempre sus tratados, que consideraba obligatorios, pero que habiéndose presentado por otra parte también reclamaciones, no podía tomar decisión alguna antes de haber examinado los decretos que había publicado antes y después de las capitulaciones. Con esto confesó el gobierno turco la existencia de decretos contradictorios, con lo cual la Francia naturalmente no se contentó, y en 6 de enero de 1851 protestó

(1) El conde Marcellus registra en sus *Souvenirs de l'Orient*, edición tercera, París, 1861, págs. 338 á 345, nada menos que 53 posesiones y 21 prerogativas que disfrutaban los católicos todavía en el año de 1828 en la Tierra Santa.

(2) Teste, tomo III, págs. 248 y 249.

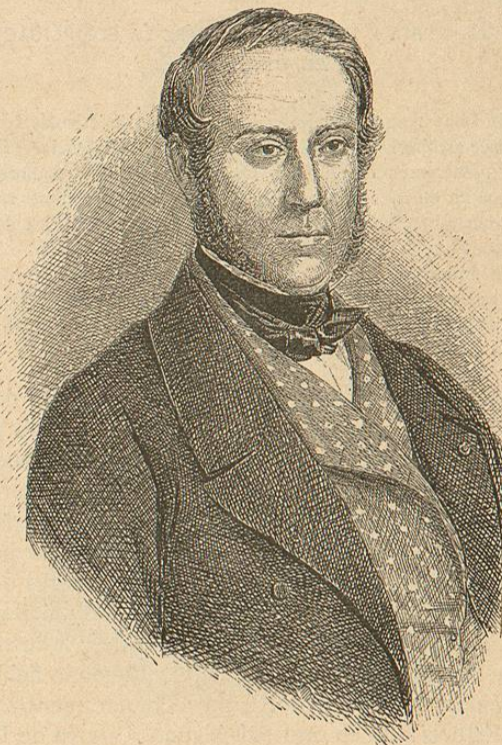
el general Aupik tanto en nombre de Francia como de todo el gremio católico contra el concepto de que decretos publicados después del año 1740 pudiesen invalidar concesiones hechas anteriormente. Habiendo recibido nuevas instrucciones, presentó el mismo general en 24 de febrero á la Puerta simplemente la cuestión de si se creía todavía ligada por las capitulaciones de 1740. El marqués de Lavalette, que reemplazó poco después al general Aupik, procedió con más decisión y obtuvo en 29 de junio del ministro Ali una contestación afirmativa á la pregunta citada. A propuesta del gobierno francés, nombró el gobierno turco una comisión mixta presidida por Emin, funcionario turco, y cuyos miembros eran Botta, cónsul francés en Jerusalem, Schaefer, intérprete, y Aristarchi, canciller del patriarcado griego. Esta comisión se inclinó á favor de las pretensiones del gobierno francés: prueba que el derecho estaba positivamente del lado de Francia, mientras no se mezclaron en este asunto influencias políticas contrarias. El gobierno francés se mostró conciliador y propuso á la Puerta un acuerdo sobre la base de la posesión en común; pero antes de que el gobierno turco hubiese tomado su resolución llegó en el mes de octubre el representante de Rusia, Titoff, con una carta del emperador Nicolás para el sultán, expresando la confianza del soberano ruso de que se conservaría el *statu quo*. Al propio tiempo el gobierno ruso, sabedor de cuanto pasaba, amenazaba en caso contrario con romper las relaciones diplomáticas entre Rusia y Turquía; de suerte que el gobierno turco no quiso acceder ya á la proposición hecha por la Francia y propuso en cambio por su parte el uso en común de todos los santuarios, lo cual no fué aceptado ni por la Francia ni por la Rusia. En estas circunstancias la Turquía disolvió la comisión mixta y formó otra nueva, compuesta de altos funcionarios turcos y de ulemas. La Francia, donde Luis Napoleón se había hecho dueño de la situación con el golpe de Estado del 2 de diciembre, amenazó el 17 del mismo mes con romper las relaciones diplomáticas si hasta el día 24 no recibía una decisión favorable; y mientras la Puerta buscaba una salida, el gobierno ruso dió un paso muy singular atendido el carácter de su diplomacia. Se dirigió á su contraria, la Francia, proponiéndole unirse á Rusia y obligar en común á la Turquía á ejecutar las resoluciones que se adoptaran entre aquellas dos potencias. El gobierno francés no se contentó con rechazar esta proposición, sino que la puso en conocimiento del gobierno turco, y éste se explicó la conducta de Rusia suponiendo que quería de esta manera alcanzar el reconocimiento del protectorado de la religión cismática en Turquía (3). El informe que presentó la comisión nueva estaba redactado naturalmente bajo la influencia de la actitud del gobierno ruso y por lo mismo era contrario á la restitución de los santuarios á los católicos; es decir, que este dictámen era diametralmente opuesto á las conclusiones que arrojaba el informe de la comisión primera, si bien se podía explicar esta contradicción con la pretensión de la Francia, que reclamaba la posesión de los santuarios para los católicos exclusivamente, queriendo únicamente tolerar en ellos las demás confesiones bajo condiciones humillantes, pretensión imposible de realizar dada la situación de las diferentes nacionalidades en el país. La segunda comisión decía por ejemplo en su informe que la cúpula grande de la iglesia del Santo Sepulcro no podía pertenecer á ninguna de las religiones en particular, porque cubría un monumento de veneración común. Al sepulcro de la Virgen, donde celebran actos de su culto griegos, armenios y otras sectas, y hasta mahometanos, podían tener

(3) *La vérité sur la question des Lieux Saints*, por Fuad-Effendi, página 18.

también acceso los católicos; pero la cúpula pequeña, concedida á los cismáticos griegos, debía ser de la posesión exclusiva de éstos. En cuanto á la iglesia mayor de Belen, que los católicos reclamaban como construida por ellos, conforme lo justificaba su forma de cruz latina, decía el citado dictámen que pertenecía á los griegos desde siglos en virtud de firmas; pero encontrándose debajo del altar la gruta del Nacimiento, que era común á los diferentes ritos, y teniendo que pasar para llegar á ella por la iglesia, debía darse á los católicos una llave de la puerta principal, sin que tuvieran otro derecho en la iglesia fuera del libre paso. Los jardines adyacentes pertenecían á los católicos lo mismo que á los griegos, y en todo lo demás (que era en globo favorable á los cismáticos) debería conservarse el *statu quo*.

Esta solución, inspirada probablemente por el gobierno turco, fué adoptada por éste; el sultán escribió al emperador Nicolás, en contestación á su carta, otra redactada en el diván, en la cual refutaba la queja de Rusia relativa á los ministros, y se comunicaba al emperador la conservación del *statu quo* favorable á la iglesia cismática, exceptuando las concesiones insignificantes que se hacían á los católicos. Era de suponer, pues, que la Rusia se contentaría con esta victoria; pero no fué así, porque para dar á los cismáticos una prueba palpable de su protectorado, pidió un firman que ratificase todas estas concesiones y el gobierno turco lo concedió, á despecho de la Francia, en 8 de febrero de 1852. El embajador francés Lavalette exigió á su regreso á Constantinopla que la Puerta revocara este firman, amenazando en caso contrario con represalias; pero al fin cedió el gobierno francés y la Puerta mandó al vice-canciller del consejo Aaif que se pusiera el firman en ejecución en Jerusalem. El gobierno ruso á última hora pidió que no se entregara á los católicos la llave de la iglesia de Belen; mas en este punto no podía ya ceder el gobierno turco, y no modificó las instrucciones dadas á su comisario. Entonces el patriarca griego salió con la exigencia de que se leyera pública y solemnemente el firman imperial, formalidad que el gobierno turco había decidido omitir, limitándose al simple registro del decreto como era costumbre á fin de no ofender más la susceptibilidad de la Francia y de los católicos. Aaif, sin embargo, cargó con la responsabilidad de ir más lejos y de consentir en la lectura simple del decreto, con lo cual no se conformó el patriarca, que pidió que se leyera ante toda la comunidad cismática. Aaif no se atrevió á tanto, y pidió nuevas instrucciones al gobierno, mientras el encargado de Negocios de Rusia se dirigía á Ali, según decía, no como gran visir, sino como cuñado del sultán, para indicarle que el observar la conducta vacilante que se seguía en Jerusalem era faltar á la promesa que el sultán había dado al emperador. Entonces hizo el gobierno turco la última concesión, y el decreto fué leído en Jerusalem solemnemente en presencia de todas las autoridades. Con esto el comisario turco creyó haber salido de todas las dificultades; pero se vió chasqueado, porque al querer entregar á los católicos la llave de la iglesia de Belen el partido ruso-clerical tuvo el descaro de sostener que el decreto no hablaba de la llave de la puerta principal, sino de una puerta lateral. Fué, pues, menester pedir otra vez nuevas instrucciones á Constantinopla, donde el ministro de Negocios extranjeros, Fuad-Effendi, sometió la cuestión de la llave al consejo de ministros asistido de los ulemas, el cual confirmó que el decreto se refería á la llave de la puerta principal. Fuad-Effendi propuso á los rusos, y casi es preciso creer que lo hizo con sorna, que redactaran la nota que él se veía en el caso de dirigir al gobierno francés para descargarse de los compromisos y obligaciones anteriores y posteriores que la Turquía había contraído con Francia, ya que los rusos le

increpaban por haber reconocido un antiguo convenio franco-turco y ya que eran tan hábiles en redactar notas diplomáticas. A esta proposición contestó la embajada rusa que hallándose esta cuestión dentro de la esfera de los soberanos, no podía entrar en negociaciones y se debía limitar á tomar acta de lo que hiciese la Puerta. La indignación que esta conducta causó entre los diplomáticos de Constantinopla fué grande. El coronel Rose, encargado de Negocios de Inglaterra, escribió en 5 de diciembre á su gobierno que el encargado de Negocios de Rusia, Sr. de Ozeroff, había debilitado en un momento tan importante su posición, declarando oficialmente al embajador francés que Rusia tenía en virtud del convenio de Kainardiy el derecho de protectorado sobre



Drouyn de Lhuys

la iglesia cismática en Turquía, y que el marqués de Lavalette consideraba gravísima esta declaración, tanto más cuanto que hacía poco tiempo había dicho con toda formalidad diplomática que Francia no pretendía el protectorado sobre los súbditos católico-romanos de la Puerta. Añadió Rose que él había comunicado á sus colegas y al gobierno turco la declaración del barón de Ozeroff, y que la Puerta había recibido con grandísimo desagrado esta noticia de un protectorado ruso de los intereses religiosos de 10 ó 11 millones de súbditos suyos (1). En igual fecha escribió el mismo encargado del gobierno inglés en Constantinopla al conde de Malmesbury diciéndole que el ministro de Negocios extranjeros le había dicho de su propio impulso en tres distintas conversaciones, que había vuelto á repasar con algunos de sus colegas los documentos y tratados relativos á los Santos Lugares; que se había convencido de que la pretensión de Francia á tener una llave de la puerta principal de la iglesia de Belen era muy justa, y que si se examinara su convenio de 1740 rigurosamente, conforme á los principios de derecho, podría haber pedido además de aquellos dos santuarios todavía diferentes otros, que le fueron reconocidos como de su posesión legítima en la nota del 8 de febrero. De una manera análoga se había expresado el gran visir.

(1) J. de Jasmund: *Aktenstücke zur orientalischen Frage*, Berlin, 1855, tomo I, pág. 6.